Acerca de la vida y la palabra en *Compañera de hoy* de Alfonso Costafreda

Montserrat Bacardí

I

Por orden de aparición, *Compañera de hoy* (1966) es el tercero de los cuatro libros de Alfonso Costafreda. En lo que se refiere a su estructura general, como en otros aspectos que intentaremos ir mostrando, presenta algunas peculiaridades respecto a sus otras obras. A diferencia de *Nuestra elegía* y de *Suicidios y otras muertes*, y hasta de los *8 Poemas*, los poemas de este libro no están organizados en diferentes apartados, cada uno con un título, que indica una temática diferente o una diferente perspectiva del mismo tema. *Compañera de hoy* empieza con un poema titulado, significativamente, «Compañera hoy», y después de esta primera composición, que es sobre todo esperanzadora (en este sentido, se parece al primer poema de *Suicidios y otras muertes*), viene un apartado titulado «Los límites» que contiene sólo dos poemas y que supone una «limitación» respecto a «Compañera de hoy». A continuación, la mayor parte de los poemas del libro se agrupan en cuatro apartados encabezados sólo por un número diferente (que también pueden entenderse como subapartados de «Los límites»). La obra termina con un apartado titulado «Otros poemas» que, a su vez, se divide en dos subapartados encabezados también por números.

Y se cierra, finalmente, con unos «Fragmentos de *Nuestra elegía*» que, según el propio Costafreda, tienen la siguiente función:

Publico de nuevo estos poemas para establecer un nexo entre mi primer libro y este que aparece ahora al cabo de quince años de silencio. A ese efecto he elegido aquellos poemas de Nuestra elegía que prefiguraban en cierto modo mi obra posterior (1).

El pretendido «nexo» entre esta obra, *Compañera de hoy*, y la obra de Alfonso Costafreda anteriormente publicada no acaba aquí. Bajo el título de *Compañera de hoy* además, lógicamente, de poemas inéditos, se encuentran también siete de los *8 Poemas* publicados en *Laye* en 1952 (2) y los cuatro poemas que aparecieron bajo el título de «Poema religioso» en la *Historia y Antología de la poesía española (en lengua castellana)* de Federico Carlos Sáinz de Robles (3), dos de los cuales, los dos primeros, ya habían apa-

recido, con el mismo título, en la «Antología para *Laye*» que realizó el propio Costafreda en el número correspondiente a abril-junio de 1953 (4).

Evidentemente, en *Compañera de hoy*, tanto los poemas que configuraban *8 Poemas* como el «Poema religioso» pasan separadamente y sin estos dos títulos.

Y, finalmente, además de los poemas inéditos y de los de *8 Poemas* y del «Poema religioso», Alfonso Costafreda en *Compañera de hoy* establece un «nexo» con su obra anterior con la inclusión de algún poema aparecido en alguna revista en estos «quince años de silencio», como el titulado «Palabras que crecen (Homenaje a Vicente Aleixandre)», aparecido en la revista *Agora* en marzo-abril de 1959; o como «El mar» y «Todo lo que tenemos», publicado en *Insula* en junio de 1953 y abril de 1959, respectivamente.

Por tanto, después de este largo tiempo sin publicar nada, los poemas inéditos en *Compañera de hoy* no son precisamente, en cantidad, muchos: unos quince. Lo cual, por otra parte, sólo nos muestra la dificultad *real* que tenía Alfonso Costafreda para escribir, pero nada más, porque *Compañera de hoy*, a diferencia de *Nuestra elegía*, no es un poema, es un libro de poemas (como lo es también *Suicidios y otras muertes*, a pesar de su organización en apartados).

Todo ello, pues, es lo que hace de *Compañera de hoy*, de entrada, un libro diferente a los otros que escribiera Alfonso Costafreda. Veamos ya si esta diferencia se mantiene en otros aspectos más concretos de la obra.

II

*Tu es pressé d'écrire
Comme si tu étais en retard sur la vie...
René Char.*

Esta es la cita inicial de René Char que va al frente de *Compañera de hoy*. Y, después de lo que acabamos de ver, resulta bastante explícita. Tal como señala Pere Rovira, estos dos versos sintetizan «el tema de fondo del libro» la insuficiencia de la palabra para vencer la insuficiencia de la vida» (5). Es decir, lo que es evidente es que, a partir de los datos que acabamos de ver en el apartado anterior y a partir del contenido mismo de muchos de los poemas del libro, para Alfonso Costafreda la poesía es en este momento cada vez más urgentemente *vital*. La cita de Char muestra que vida y poesía para Costafreda ya no son dos «entidades» diferentes, separadas, sino que caminan a la par y se funden y confunden. A partir de este momento, y de manera fundamental en su última obra, resulta muy válida la afirmación que, según Jaime Ferrán, hacía Carlos Bousoño: «Pocas veces una vida y una obra consueñan con tanta perfección como la vida y la obra de Alfonso Costafreda» (6). La distancia que hay, en definitiva, entre el protagonista de los poemas de Alfonso Costafreda y Alfonso Costafreda cada vez, a medida que va avanzando su obra, se reduce más.

Los versos de René Char, pues, nos plantean el doble núcleo temático de *Compañera de hoy* (y *vital* de Alfonso Costafreda): la vida (con diferentes subtemas como el amor –muy importante en este libro– o la muerte) y la poesía (también con diferentes matizaciones), y la relación entre ambas. Por tanto, estos dos versos de Char son mucho más que una cita introductoria, son el núcleo que lo resume todo y del cual parte toda la obra.

1.- DE LA VIDA

La base del primer libro de Alfonso Costafreda, *Nuestra elegía* (1949), como ha señalado Jaime Ferrán, (7) es la dialéctica vida-muerte, con el triunfo final de la primera; por tanto, en esta primera obra, después de diversos titubeos, la vida se ve, aún, al final, desde una perspectiva optimista y esperanzada.

Todo ello cambia de manera extraordinaria en *8 Poemas*. Aquí se han perdido tres cosas decisivas para la vida, para continuar viviendo: la «alegría», la «esperanza» y los «sueños». ¿Y qué queda, pues? Los dos últimos versos del último poema lo expresan muy claramente: «Sin sentido la tierra gira, gira. /Sigue la sombra tan profunda» (8). Sinsentidos y sombras, nada más.

Compañera de hoy, en este aspecto, conecta de manera bastante directa con estos *8 Poemas*. Aquí la vida, aunque quizás no de manera tan insistente, es vista también desde los sinsentidos y las sombras, desde la incertidumbre. No en vano el libro acaba con el último de los *8 Poemas*, con los versos que acabamos de citar; y no en vano, evidentemente, se incluyen aquí, de los ocho, siete poemas.

La vida, por ejemplo, se ve como un paso intermedio entre dos sucesos fundamentales: nacer y morir. Y este paso intermedio se compara al mar, a un mar «tempestuoso» contra el que no se puede hacer nada más que dejarse vencer:

*Nacer... morir..., nada preguntes.
Son simplemente dos sucesos.
En medio un mar tempestuoso.
Y esto es lo que sabemos.
En medio un mar, sobre sus olas
confiadamente naveguemos
dejándonos llevar, dejándonos
llevar... Nuestras pasiones son sus vientos.
Aunque de pronto se desaten
poderes que no conocemos,
y nuestra soledad se pueble
de promotorios de misterio,
siga la nave su camino
real contra lo incierto,
siga la vida, siga, marche,
terco su rumbo contra el pensamiento (9).*

Incluso en los momentos del libro que reflejan más optimismo, en los poemas dedicados al amor esperanzador, al plasmar la «nueva» situación, al menos por contraste, queda evidenciada la situación «anterior», la oscuridad y la inseguridad; el nuevo amor, en definitiva, da un poco de luz a una vida no demasiado luminosa. Ello queda bien ejemplificado en el poema «Todo lo que tenemos»:

*No se de donde vienen
tu risa, tu alegría,
en qué instante aprendiste
a mirar frente a frente*

todo lo que tenemos.
A mirarlo con los ojos
como si nada hubiera
que temer
y tu mirada
hubiese descubierto
entre tanto desorden
un principio de luz.
Así entonces separas
del terror su envoltura
diaria
y tu mano
traza en la oscuridad
un camino seguro (10).

Por tanto, en *Compañera de hoy* la vida, por una parte, como en los anteriores libros de Alfonso Costafreda, está amenazada siempre por la muerte, y, por otra parte, incluso en los momentos más esperanzadores del libro, que los hay, queda evidenciada su condición de oscuridad e incertidumbre, de fragilidad; porque no olvidemos que a pesar de la «Compañera de hoy» del primer poema, que constituye, más que nada, una esperanza, el libro termina con este verso: «Sigue la sombra tan profunda» (11). Y esta esperanza inicial, como dice Pere Rovira, «hace aún más patética la decepción expresada» (12).

1.1.– De la muerte

A diferencia de *Nuestra elegía* y de *Suicidios y otras muertes*, en *Compañera de hoy* la muerte no tiene un papel tan crucial como en estos dos libros. Quizás está más en la línea de *8 Poemas*, donde este tema no es olvidado pero pierde su posición prioritaria, convive con otros. En *Compañera de hoy* no llegan a cinco los poemas dedicados de manera más o menos exclusiva a este tema.

Pero veamos cómo aparece tratado. Precisamente, por lo que acabamos de decir, porque en *Compañera de hoy* la muerte no es uno de los temas dominantes, a menudo, cuando se hace presente, suele estar vinculado a la obra anterior, principalmente a *Nuestra elegía*. Es decir, encontramos aquí versiones diferentes, nuevos planteamientos, de aspectos que ya habían sido tratados en la primera obra de Alfonso Costafreda. Por ejemplo, un poema fundamental en aquel primer libro era el dedicado a la muerte del padre (incluido también en los «Fragmentos de *Nuestra elegía*» que aparecen en *Compañera de hoy*, con el título «Yo pregunto» –tal como había aparecido ya en la «Antología para *Laye*» de 1953–). Pues bien, aquí este poema da pie a dos nuevos poemas. Uno, el titulado «Ella quiso seguirte», a través de la cita inicial, que son dos versos, precisamente, del poema dedicado a la muerte del padre, nos pone en evidencia, tal como dice Jaime Ferrán, que está «dedicado a los años de desesperanza y al tránsito final de la madre»: (12).

Ha muerto mi padre.
Se repite su ausencia cada día...
(De *Nuestra elegía*)

*Ella quiso seguirte, encerrada en su sueño
arañaba las puertas para que tú la oyeras,
para que respondieras a gritos te llamaba.
Su palabra vencida, se sentó gravemente
como si un pensamiento profundo la ocupara,
y entre su propia sangre fue entretejiendo sombras,
en su fe, en su armonía, en su sustancia humana.
Nosotros confundidos, ella hacia ti, sin rumbo...
en medio de dos mundos total desorientada.
Late su pulso aquí, su memoria en tu nada (13).*

El otro poema de *Compañera de hoy* que establece una conexión con el de *Nuestra elegía* es el titulado «Mas no vosotras»; y la conexión más evidente, aparte de la temática, se da en el verso siete, cuando todavía, o una vez más, se vuelve a preguntar...:

*Altas estrellas sin respuesta,
también oscuro transcurrir,
vida acaso también indagadora.
(Por esta ausencia sufro, sufro,
su presencia era tuya y era nuestra).
Algo brilla sin fin, mas no vosotras,
mientras ansioso yo pregunto...
La muerte brilla cegadora
en el aire que apenas
es un manso susurro. (14)*

Ninguna respuesta llega de las «estrellas», la vida transcurre entre la oscuridad y la búsqueda de luz (el desenlace lo encontraremos en su última obra, *Suicidios y otras muertes*), y lo único que continúa brillando por encima de todo, «cegadora», es la muerte. Por esto el sujeto poético, ante el tema planteado ya en *Nuestra elegía*, continúa sin respuestas, en la duda y en «Yo pregunto...».

Quizás por esto no se insista tanto en *Compañera de hoy* en el tema de la muerte. Porque los planteamientos de *Nuestra elegía* (no los del final, los del último canto, cuando se afirma que «la muerte no existe» (15) continúan teniendo vigencia, porque la muerte continúa siendo vista, como en el primer libro, como una gran sombra, como la gran sombra, de la vida.

1.1.1.- De la religión y de la trascendencia.

Incluimos este apartado como un subapartado del anterior, del tema de la muerte, porque en las escasísimas ocasiones que a lo largo de *Compañera de hoy* se hace referencia a este nuevo tema siempre va muy ligado al de la muerte.

Evidentemente, estamos ante dos aspectos distintos. Hablemos primero del de la religión. He de confesar que en una primera lectura de *Compañera de hoy* (y hasta en una segunda...) no vi en parte alguna ningún planteamiento de este tema que sí que resulta más explícito, como el de la muerte, en *Nuestra elegía* y en *Suicidios y otras muertes*. Pero, por otra parte, iba recordando, como hemos visto anteriormente, que en este libro

había, desmembrado, un «Poema religioso» con cuatro poemas que son los siguientes, por orden: «Te dieron vida», «Sobre lo que más quiero», «Fugacidad de la palabra» y «El silencio».

Resulta evidente que los dos últimos, como veremos más adelante, tratan cuestiones que nada tienen que ver con un posible planteamiento religioso. Y, en cuanto a los dos primeros, tal como aparecen en *Compañera de hoy*, ya sin el título unificador de «Poema religioso» y separadamente, tampoco resulta fácil ver en ellos la posible referencia religiosa. Para Jaime Ferrán, sin embargo, la conexión es más o menos clara; él afirma que en estos poemas «Alfonso parece que quiere bucear ahora en las raíces de una formación religiosa, que marca su infancia o adolescencia en el seno familiar o en el colegio religioso de Tárrega». Y en el primer poema, «Te dieron vida»,

*Te dieron vida y ahora vives
aún más allá de tus deseos.
Les fuiste una quimera necesaria
y te apoderas de tus sueños.
Y no diremos que no existes
aunque tenaces te neguemos
si son en el desierto de su vida
sólo espejismos tus soñados reinos,
en nuestra mente estás, estás, acaso
más que nosotros eres cierto (16).*

para Ferrán, «la protesta de *Nuestra elegía* ha dejado paso a una duda tenaz». Y el segundo poema de la serie, «Sobre lo que más quiero», según Ferrán también, «nos explica, con mayor lucidez, aún, el proceso»: (17)

*Sobre lo que más quiero, sobre las cosas mías,
tu ley y tu poder se imponen.
Años atrás, años ya en lejanía,
de mi propia morada alguien que yo no soy,
las llaves más secretas te ofrecía.
Tú las guardaste, quedan
sin ser recuperadas todavía.
... Y surgen llenas de vapor
dentro del corazón en estas noches
frías:
cuando tú vienes sigilosamente,
cuando tú brutalmente a ti me obligas (18).*

Sólo en estos dos poemas, pues, encontramos posibles referencias religiosas. Y, en todo caso, son referencias que sirven para negar o, al menos, para poner en duda este sentimiento religioso (en el cuarto verso del segundo poema queda bien claro cuando dice «alguien que yo no soy», alguien, en definitiva, con el que no me identifico).

El segundo aspecto, vinculado con éste, que se plantea también de manera muy poco explícita en *Compañera de hoy* es el de la trascendencia. No hay ningún poema a lo largo del libro dedicado más o menos exclusivamente al tema; sólo hay alguna referencia bas-

tante indirecta que deja entrever la postura del sujeto poético, y siempre ligada al tema de la muerte.

Ello se ve, por ejemplo, en el poema titulado «Ella quiso seguirte», dedicado a la vida de la madre después de la muerte del padre. El poema va dirigido al padre y en el último verso nos encontramos con la siguiente afirmación: «Late su pulso aquí, su memoria en tu nada» (19). Esto es lo que encontramos después de la muerte: nada. La misma idea queda reflejada en los dos primeros versos del poema titulado «El mar»: «Nacer... morir...., nada preguntes. / Son simplemente dos sucesos» (20). De la misma manera que antes de nacer no hay nada, tampoco hay nada después de morir. Son dos acciones naturales sin ningún tipo de trascendencia sobrenatural; se trata, simplemente, de dejar de ser.

Pero pasemos ya a comentar dos temas que resultan mucho más relevantes en *Compañera de hoy*: el de la «madurez» del sujeto poético y el del amor.

1.2.- «Contemplo...»

El primer lugar, hay que aclarar, que el título que encabeza este apartado es el título de uno de los poemas de *Compañera de hoy*.

Si hay algo que sorprende en *Compañera de hoy*, respecto, sobre todo, a *Nuestra elegía*, son dos aspectos diferentes pero que, a la vez, van muy ligados: por una parte, son constantes a lo largo del libro las referencias al pasado, ya sean evocaciones del propio sujeto poético o ya sean de los seres que le han rodeado; y, por otra parte, a partir de estas referencias al pasado, a menudo el sujeto poético se plantea un cambio, una vida, o algún aspecto de la vida, diferente, nueva.

Veamos el primer aspecto. Algunas veces las referencias, al pasado son, podríamos decir, indirectas; en el sentido de que éste, la evocación de un tiempo anterior, no es el tema central del poema, sino algo que se desprende de él. Por ejemplo, en el poema titulado «Ella quiso seguirte», evidentemente, el tema es la vida de la madre después de la muerte del padre, pero el hecho que, ahora, mucho tiempo después, el sujeto poético evoque tal vivencia constituye también una reflexión sobre el pasado, sobre un hecho concreto de este pasado. Cosa que no se da, no se puede dar, en *Nuestra elegía* (la excepción, aquí, sería el poema dedicado a la muerte del padre).

De todas maneras, éste, el de las referencias indirectas al pasado, no es el caso más frecuente en *Compañera de hoy*. Normalmente, el tema se plantea de manera abierta. En el poema «Esa visita turbadora», por ejemplo:

*Más cerca de mi estuvieras
y tampoco podría
verte; llegar hasta la orilla
donde permaneciste, llegar,
buscar la voz secreta, los signos de la vida,
o ante un mar ansioso los pasos fugitivos.
Qué vacío, qué enorme vacío
sentí, por vez primera cuando hablaste
de esa visita turbadora,
del sueño familiar*

*adonde con amor y miedo regresabas.
Me dije, yo me dije,
podría con mis manos
retener su partida, y puse
la misma voluntad, el mismo empeño
con que intentar ahora descifrar entre ruinas
(si acaso aquí estuviste)
una sola señal de tu paso en la vida (21).*

El poema empieza planteando una situación, en la primera estrofa, desde el presente, una situación que es como una reflexión final, una conclusión, y, en las dos estrofas siguientes, se explica cómo se ha llegado a esta situación final, al presente con que empieza el poema. Es un poema, pues, narrativo, un poema que explica una historia que va desde un pasado a un presente (aunque el orden de exposición esté invertido). Y un poema que revela cierta madurez, cierta experiencia, o, al menos, que el sujeto poético ya empieza a tener pasado.

Algo análogo sucede en el poema «Sobre lo que más quiero», sobre todo en la primera estrofa:

*Sobre lo que más quiero, sobre las cosas mías,
tu ley y tu poder se imponen.
Años atrás, años ya en lejanía,
de mi propia morada alguien que yo no soy,
las llaves más secretas te ofrecía.
Tú las guardaste, quedan
sin ser recuperadas todavía. (22)*

También aquí se parte de un presente y, a continuación, hay un regreso al pasado que explica cómo se ha llegado a este presente. El sujeto poético de estos poemas, pues, tiene ya un pasado que explica y condiciona el presente.

La misma idea queda reflejada en el poema «En un solo deseo»:

*Los años que se perdieron están aquí, ahora.
Los sueños que he vivido crecen entre mis manos.
Siento cómo han pasado tantos días y seres,
tantas cosas a mi lado sin que las viera.
Pero de pronto todo regresa y se reúne en la memoria,
y tantas vidas
en un solo deseo hoy he encontrado. (23)*

Ha llegado un momento en que es posible que pasado y presente se confundan. Aquí el pasado ya pesa mucho, tanto que todo junto puede encontrarse con el presente. El protagonista de este poema, pues, ya no es muy joven, como lo era en *Nuestra elegía*. Y en esta primera obra, como signo de juventud, el sujeto poético todavía pretendía cambiar cosas «importantes» (es un libro orientado al futuro), cambiar, principalmente, todo lo que tuviese relación con la muerte por todo lo que tuviese relación con la vida. Aquí, en *Com-*

pañera de hoy, ya no se pretende ningún cambio de este tipo, tan «trascendente», ya no hay proyectos de carácter universal, sólo proyectos, como veremos a continuación, individuales, o para dos.

En el poema titulado «De noche en noche», por ejemplo, se da como una síntesis entre estas miradas al pasado y al futuro; a partir de la experiencia pasada se puede proyectar, y se proyecta en este libro, el futuro:

*De noche en noche más alto parecía
en la memoria ardiente el árbol de los sueños,
como si tú tuvieras de nuestra vida el fuego,
el poder de una hoguera.
Tantas y tantas veces
de este mundo irreal, prisionero y rehén,
con qué esperanza hoy veo el contorno vivísimo
del día, la realidad de un momento,
con qué avidez, con que fervor distingo
la voz, la mano, el pecho. (24)*

Con «esperanza», «avidez» y «fervor» ve el futuro, pero no un futuro total y global, sino una «porción» del futuro muy concreta: «el contorno vivísimo del día», «la realidad de un momento» y «la voz, la mano, el pecho» del ser amado. No hay más futuro seguro que éste para el sujeto poético y, por tanto, tampoco más proyectos.

Todo ello quizás donde queda mejor ejemplificado es en el primer poema del libro, el único que está fuera de cualquier apartado y el que lleva el mismo título que la obra, «Compañera de hoy»:

*Compañera de hoy, no quiero
otra verdad que la tuya, vivir
donde crezcan tus ojos,
dando tu luz, tu cauce
a lo que veo y siento...
Deshacer este ovillo
oscuro del temor,
encontrar lo perdido,
quebrar la voz del sueño...
Y lenta, lentamente,
aprender a vivir,
de nuevo, de nuevo,
como en una mañana
cargada de riqueza. (25)*

Este es un poema que presenta un proyecto de vida; un proyecto de vida nueva, diferente, a la llevada hasta ahora, lo cual, evidentemente, sólo se puede plantear desde la madurez, después de haber tenido un pasado considerable, de asumirlo y, en todo caso, de criticarlo. Y es un proyecto de vida sólo para dos; ya no interesa nada más.

Y, en ocasiones, el proyecto de vida todavía se reduce más: llega a ser exclusiva-

mente individual. Es el caso del poema titulado «Contemplo...» que nos servía como título de este apartado. En este poema, a partir de una reflexión sobre el pasado, se nos habla, aunque de manera más indirecta, del futuro:

*Contemplo
el monte frío,
la lenta paz,
la cumbre...
Mas volvería
a andar
el mismo camino,
a amar la misma tierra
honda y desposeída,
apasionadamente
la misma incertidumbre. (25)*

Ante la «incertidumbre» de la vida, ante un pasado que ya pesa, todavía se pretende hacer un cambio, pero es un cambio individual, que abarca, como máximo, el ser amado, la «Compañera de hoy». Pasado y futuro, pues, se encuentran en este presente que es *Compañera de hoy*; es el momento en que el sujeto poético afirma: «Contemplo...».

1.3.– Del amor

El amor, como ya se puede observar desde el mismo título de la obra, es un tema fundamental en *Compañera de hoy*. Normalmente el amor que encontramos en el libro es el amor de la «Compañera de hoy», el amor satisfactorio y con el que, por tanto, se hacen proyectos de vida en común. Sin embargo, algunas veces, ciertamente pocas, junto a este «tipo» de amor, aparece planteado también el tema de un amor no del todo pleno; tema que, por lo tanto, tiene muchas conexiones con el tratamiento que recibe el amor en *Suicidios y otras muertes* y en el que no vamos a entrar aquí por razones de espacio. Quede, por lo menos, constancia de que es en *Compañera de hoy* cuando se empieza a dar un rasgo que después será decisivo en *Suicidios y otras muertes*: el amor es tanto fuente de satisfacción como de insatisfacción, y, según va avanzando la obra, cada vez más de lo segundo (como ocurre igualmente con otros temas como la vida, la poesía, etc.).

Pero pasemos ya a hablar de la vertiente satisfactoria del amor. Si hay una palabra que puede resumir lo que significan estos poemas dedicados a la «Compañera de hoy» es la de esperanza. Para el sujeto poético, en estos poemas concretos, el amor significa un reencuentro con la ilusión, con las ganas de vivir y de proyectar el futuro, con la «alegría», incluso, con la que termina *Nuestra elegía*. El amor aquí, tal como afirma Pere Rovira a través de estas imágenes, «supone la posibilidad del regreso a la pureza perdida, el reencuentro con una zona poética presidida no por la oscuridad, sino aún por la luz matinal de la vida» (27). Y en este sentido, pues, y sólo en este, estos poemas todavía están muy vinculados a *Nuestra elegía*.

Ya hemos comentado un poco el poema que lleva el mismo título que el libro. Remarcar sólo que es gracias a la «Compañera de hoy», a su existencia, que resulta posible plantearse un cambio de vida, un empezar a vivir «de nuevo, de nuevo» (la repetición

refuerza la idea de cambio). Gracias al amor, la oscuridad, al menos en estos momentos, se vuelve luz, lo perdido puede ser encontrado y los sueños pueden dejar también de serlo. Estamos, pues, ante «una mañana / cargada de riqueza».

La misma situación de optimismo, satisfacción y bienestar queda plasmada en el poema titulado «De noche en noche...» que también ya hemos reproducido. Aunque sea temporalmente, ahora se han terminado «tantas y tantas veces / de este mundo irreal, prisionero y rehén» (28). El amor, la «compañera de hoy», pone al sujeto poético en libertad: le libra, en gran parte, de su pasado, con sus miedos y oscuridades. Todo ello queda expresado de manera muy clara en el poema «Todo lo que tenemos»:

*No sé de dónde vienen
tu risa, tu alegría,
en qué instante aprendiste
a mirar frente a frente
todo lo que tenemos.
A mirarlo en los ojos
como si nada hubiera
que temer
y tu mirada
hubiese descubierto
entre tanto desorden
un principio de luz.
Como si tú estuvieras
al borde del misterio
y nada sorprendiera
tu fe
y nos hablaras
no de lo que estás viendo,
sino de lo que sientes
venir
y entiendes tan fácilmente...
Así entonces separas
del terror su envoltura
diaria
y tu mano
traza en la oscuridad
un camino seguro. (29)*

La existencia del ser amado permite no olvidar del todo el peso del pasado pero sí hacer más soportable el presente y, en consecuencia, poder dirigir la mirada con seguridad (o con cierta seguridad) hacia el futuro.

Finalmente, es también gracias a la existencia de la «compañera de hoy» que las palabras, aunque sean las «pequeñas palabras», tienen todavía un sentido:

*Decías tu palabras
íntimas, silenciosas.*

*Palabras que se dicen
del amor al amor,
de una boca a otra boca.
El poema secreto
para todos se hacía,
las pequeñas palabras
memorables, dichas.
Las hazañas diarias,
ilusiones del día,
las más pequeñas cosas;
palabras compartidas,
útiles, generosas. (30)*

En *Nuestra elegía*, en el último canto, se afirmaba: «Negamos que la muerte haya triunfado / mientras pueda llegar nuestra palabra / al corazón esperanzado de algún hombre» (31). Y en *8 Poemas* la fe en la palabra ya no tenía un sentido tan «social»; aquí sólo tenía un valor individual y su única función era la del conocimiento: «Versos escribo en busca de claridades» (32). Aquí, en *Compañera de hoy*, sigue esta evolución de desconfianza y desengaño de la palabra, y ahora sólo (y todavía) las palabras sirven en el amor, «las pequeñas palabras»; el amor hace aún que estas palabras sean «útiles». Hay, pues, toda una gradación que culminará en *Suicidios y otras muertes*.

2.- DE LA PALABRA

Cuando intentábamos comentar los versos de René Char que van al frente de *Compañera de hoy* decíamos que reflejaban el doble núcleo temático de la obra: la vida, por una parte, y la palabra, por otra, y la relación que se establece entre ambas. Por tanto, vamos ahora a hablar de este segundo aspecto, de la palabra.

Antes, sin embargo, conviene recordar que hemos apuntado, a partir incluso de algunos datos concretos, que para Alfonso Costafreda la poesía en estos momentos, cuando escribe *Compañera de hoy*, y tal como se desprende de la cita de Char, ya no es un juego o una cuestión que entra dentro de los límites de lo literario, sino que es una cuestión *vital*, cada vez más urgentemente vital. Su vida, pues, aunque quizás parezca una exageración, depende cada vez más de la poesía, de la palabra. Si la palabra gana, también ganará la vida, si la palabra resulta insuficiente, también la vida lo resultará.

2.1.- «La cortedad del decir»

Uno de los grandes temas de *Compañera de hoy* es éste, el del valor insuficiente de la palabra, lo que José Ángel Valente, en un artículo ya famoso, llama «la cortedad del decir» (33).

Acabamos de ver ahora mismo el progresivo desengaño de la palabra que hay en las primeras obras de Alfonso Costafreda. *Compañera de hoy* está, pues, todavía en un punto medio, aunque mucho más cerca ya de *Suicidios y otras muertes* que de *Nuestra elegía*. Aquí la palabra ya no tiene una función «social», ya no puede servir para comunicar nada; en todo caso, y las «pequeñas palabras», sólo pueden tener un valor en el amor.

Y, de todas maneras, aunque en este caso mantengan su «funcionalidad», también son insuficientes.

El poema donde todo ello queda más explícito es en el titulado «Los límites». Los primeros «límites» que señala el sujeto poético, y a los que dedica seis versos, son los que hacen referencia a las dificultades para escribir:

*Pienso en mis límites,
límites que separan
el poema que hago
del que no puedo hacer,
el poema que escribo
del que nunca podré escribir.*

Después de haber señalado estos límites, Costafreda habla de otros, pero como una consecuencia de los primeros; y el poema acaba haciendo referencia otra vez a la insuficiencia de las palabras:

*Límites también, en consecuencia,
de lo que amo
y de lo que nunca podré amar.
Límites de lo que quisiera decir
o ver o tener.
Palabras que daría
para descubrir, para ayudar.
Límites del amor, palabras
insuficientemente valiosas
en un desierto inacabable. (34) (El subrayado es mío).*

Hay, pues, una gradación: primero el sujeto poético piensa en los límites de la palabra, y luego, como una consecuencia de lo primero, en los límites, para decirlo de alguna manera, de la vida. Es lo que decía Pere Rovira en una acertadísima frase que ya hemos citado: «La insuficiencia de la palabra para vencer la insuficiencia de la vida». Este es el tema de fondo del libro y que ya queda reflejado en los versos de René Char. La poesía para Alfonso Costafreda es algo extremadamente serio, porque de ella, como la imagen clásica del poeta romántico, depende su vida; no hay ningún tipo de distanciamiento, a diferencia quizás de los otros miembros de su «grupo». Vida y poesía para Alfonso Costafreda son inseparables, cada vez más, hasta que en el último libro llegan a ser realmente una sola cosa. Es la máxima asunción de la vida y de la poesía.

Pero bien, quizás sea mejor que no adelantemos conclusiones. Hay más ocasiones a lo largo de *Compañera de hoy* en que también queda reflejada la idea de la insuficiencia de la palabra. Resalta el poema «Fugacidad de la palabra», dedicado a Eugenio de Nora (poema que formaba parte, era el tercero, del «Poema religioso»):

*Desmedida pasión, furiosas ansias
de ti, ansias de nada!
Terca la primavera se te opuso,*

*pero la primavera se acababa.
Tercos nosotros junto a nuestros libros,
poetas españoles, sorda España!
Contra la oscura piedra de tus siglos,
fugacidad de la palabra.
Desmedida pasión de ti,
pasión de amor equivocada! (35)*

Cualquier pasión por la palabra es «desmedida» y cualquier tipo de ansia es «ansias de nada»; de nada porque la palabra es insuficiente, ya que no sirve para lo único que es fundamental: la vida. Por tanto, en contra de «la oscura piedra de tus siglos», pasando por alto todas las tradiciones literarias, lo que proclama el sujeto poético es la «fugacidad de la palabra», su vértigo incesante hacia la nada (que es, evidentemente, el último paso de la «cortedad del decir»), hacia el silencio, como veremos más adelante. Antes, sin embargo, conviene detenerse en algunas defensas de la palabra que encontramos a veces en *Compañera de hoy*, pero siempre como consecuencia de esta insuficiencia inicial.

2.1.1.– Una reivindicación de la palabra

En alguna ocasión aparece en el libro algún poema dedicado a reivindicar lo que de «positivo» todavía tiene o puede tener la palabra. Por ejemplo, en el poema «las pequeñas palabras», en la última estrofa, se pone en relevancia que estas palabras, las «pequeñas», gozarán de una «trascendencia»:

*El poema secreto
para todos se hacía,
las pequeñas palabras
–otras no he de decir–
durarán como rocas. (36)*

El título del canto quinto de *Nuestra elegía* era «El peligro existe. El canto quedará». Aquí las pretensiones y esperanzas son mucho más reducidas: no va a quedar ningún canto, porque no lo hay, sólo hay «pequeñas palabras», y no será reflejo de ningún gran «peligro», sólo de un amor. Por tanto, se trata, sí, de una reivindicación del valor de la palabra, pero es una reivindicación mucho más matizada que la que se hacía en la primera obra, una reivindicación que está condicionada por la angustia que produce la «cortedad del decir».

En otro poema, el titulado «Las palabras» (dedicado a José Angel Valente), lo que se reivindica y defiende es la palabra viva:

*Piedras preciosas para el sentido,
diamantes de realidad.
Si van en sueños pierden su brillo,
su luminosa verdad.
Palabras vivas, nadie las toque
que no las sepa cuidar. (37)*

El tono imperativo de los dos últimos versos explicita claramente la defensa apasionada que hace el sujeto poético. Porque se trata de defender no ya cualquier tipo de palabras, todas, sino sólo unas, las únicas que todavía sirven: las palabras *vivas* (en *Suicidios y otras muertes* ya ni estas se podrán defender). Y se reivindica la palabra *viva* porque hay, en su autor, Alfonso Costafreda, una necesidad *vital* de hablar, de escribir (y hay también, en el fondo, un deseo de autenticidad, de preservar las palabras vivas, las palabras verdaderas, aunque resulten insuficientes; porque las dos cosas no son incompatibles). Por tanto, es una defensa de la palabra también condicionada por la «cortedad del decir»; surge como una consecuencia de este hecho. Hecho que va mucho más allá del simple «decir», para convertirse también en «cortedad vital» o «cortedad de la vida». Y el silencio es el último paso, y el fin, de ambas «cortedades».

2.2.– El silencio

EL SILENCIO

*No puedo hablar; aunque quisiera
no puedo hablar con alegría.
¿Qué he de decir? Ni tan siquiera
presentar puedo una página limpia.
No puedo hablar, sólo tinieblas crecieran
sobre la hierba maldita.
He de callar, pero yo diera
mi vida. (38)*

Este es el cuarto de los poemas que figuraban bajo el título de «Poema religioso» en la *Historia y Antología de la poesía española* de Federico Carlos Sáinz de Robles. Jaime Ferrán señala que entre el poema que apareció allí y éste que figura en *Compañera de hoy* hay sólo una variante, aunque, a mi parecer, bastante significativa: «No hay cambio alguno en el cuarto poema, aparte del título nuevo: “El silencio”» (39).

Como dato curioso, y significativo también, Jaime Ferrán señala además que

Precisamente con este título —«El silencio»— una serie de poemas suyos que no vería la luz como tal, habían ganado en julio de 1954 el Premio de creación literaria «Lorenzo Riber», convocado por el Colegio Mayor «Ximénez de Cisneros». (40).

A la luz de estos datos vemos, pues, que a Alfonso Costafreda el tema del silencio, o, simplemente, el silencio, le interesaba ya unos doce años antes de la publicación de *Compañera de hoy*. Y es muy significativo que sea en esta época cuando le empieza a interesar, porque es también cuando él lo empieza a sufrir (recordemos los quince años que separan *8 Poemas de Compañera de hoy*).

Este poema es el exponente más claro, el último y final, del apartado anterior, de la «cortedad del decir», y de las tímidas reivindicaciones de la palabra como consecuencia de lo primero. Aquí ya no se trata de que la palabra sea insuficiente, aquí «no puedo hablar». Aunque en el segundo verso hay una matización que le diferenciará radicalmente de *Suicidios y otras muertes*: «no puedo hablar con alegría»; todavía, pues, puede

hablar sin ella, mientras que en la última obra el sujeto poético no podrá hablar ya de ninguna manera (y por esto morirá).

Y los dos últimos versos del poema, «He de callar, pero yo diera / mi vida», son una muestra evidentísima de la importancia vital que para el sujeto poético-Alfonso Costafreda tiene el silencio. El silencio aquí, en el poema, no es un tema literario, es un *sentimiento vital*. El protagonista del poema daría su vida para poder hablar, porque sabe que si ha de callar definitivamente, también su vida se callará. Por esto Jaime Ferrán ante estos dos versos dice lo siguiente:

Eran años de sequedad en su poesía y el grito final, premonitorio, expresa con exactitud lo que Alfonso estaba dispuesto a dar, lo que un día tendría que dar para la continuación de su obra. Porque en pocos poetas es tan evidente como en Alfonso Costafreda, que la vida se sacrificara, hasta sus últimos límites, por la obra... (41)

Sin embargo, a mi parecer, no creo que se trate de ningún sacrificio, sino más bien de ir asumiendo, como dice Gil de Biedma, que «nunca sería el poeta grande que había soñado» y, en consecuencia, «no quiso ser, ni aparentar, ninguna otra cosa» (42). El «problema» de Alfonso Costafreda es que, como también dice Gil de Biedma, «apostó toda su vida a una sola carta: ser poeta» (43). Si se le niega la poesía, se le niega también la vida. Silencio literario, pues, y silencio vital caminan a la par, indisolubles.

Este poema, en definitiva, es la puerta que abre su última obra y su final.

NOTAS

- (1) Alfonso Costafreda, *Compañera de hoy*, Barcelona, Colliure, 1966, pág. 68.
- (2) Alfonso Costafreda, *8 Poemas*, en *Laye*, Barcelona, núm. 17, enero-febrero de 1952, págs. 37-40.
- (3) Federico Carlos Sáinz de Robles, *Historia y Antología de la poesía española (en lengua castellana)*. Madrid, Aguilar, 1955.
- (4) Alfonso Costafreda, «Antología para *Laye*», en *Laye*, Barcelona, núm. 23, abril-junio de 1953, pág. 103.
- (5) Pere Rovira, «La personalidad poética de Alfonso Costafreda», en *Scriptura*, Lleida, Departamento de Literatura Española de la Facultad de Letras, 1986, núm. 1, pág. 56.
- (6) Jaime Ferrán, *Alfonso Costafreda*, Madrid, Júcar, 1981, pág. 73.
- (7) *Ibid.*, pág. 38.
- (8) Alfonso Costafreda, *8 Poemas*, op. cit., pág. 40.

- (9) Alfonso Costafreda, *Compañera de hoy*, op. cit., pág. 35.
- (10) Ibid., págs. 43-44.
- (11) Ibid., págs. 56.
- (12) Pere Rovira, art. cit., pág. 57.
- (12) Jaime Ferrán, op. cit., pág. 57.
- (13) Alfonso Costafreda, *Compañera de hoy*, op. cit., pág. 17.
- (14) Ibid., pág. 19.
- (15) Alfonso Costafreda, *Nuestra elegía*, Barcelona, Seminario de Literatura del Instituto de Estudios Hispánicos, 1949, pág. 68.
- (16) Alfonso Costafreda, *Compañera de hoy*, op. cit., pág. 20.
- (17) Jaime Ferrán, op. cit., págs. 48-49.
- (18) Alfonso Costafreda, *Compañera de hoy*, op. cit., pág. 22.
- (19) Ibid., pág. 17.
- (20) Ibid., pág. 35.
- (21) Ibid., pág. 18.
- (22) Ibid., pág. 22.
- (23) Ibid., pág. 36.
- (24) Ibid., pág. 42.
- (25) Ibid., pág. 9.
- (26) Ibid., pág. 27.
- (27) Pere Rovira, art. cit., pág. 57.
- (28) Alfonso Costafreda, *Compañera de hoy*, op. cit., pág. 42.
- (29) Ibid., págs. 43-44.
- (30) Ibid., pág. 25.
- (31) Alfonso Costafreda, *Nuestra elegía*, op. cit., pág. 67.
- (32) Alfonso Costafreda, *8 Poemas*, op. cit., pág. 39.
- (33) José Angel Valente, «La hermenéutica y la cortedad del decir», en *Las palabras de la tribu*, Madrid, Siglo XXI, 1971, págs. 59-70.
- (34) Alfonso Costafreda, *Compañera de hoy*, op. cit., pág. 14.
- (35) Ibid., pág. 28.
- (36) Ibid., pág. 25.
- (37) Ibid., pág. 13.
- (38) Ibid., pág. 29.
- (39) Jaime Ferrán, op. cit., pág. 48.
- (40) Ibid., pág. 70.
- (41) Ibid., pág. 71.
- (42) Jaime Gil de Biedma, «A una sola carta», en *Tele/exprés*, Barcelona, 22 de abril de 1974, pág. 12; recogido con el título «Después de la muerte de Alfonso Costafreda», en *El pie de la letra*, Barcelona, Crítica, 1980, pág. 238.
- (43) Ibid.